

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



VIAJE DE NOVIOS

Ella.—Estarás encantado contemplando estos países eróticos....

El.—No lo creas; estoy intranquilo por el negocio. Cuando en otra ocasión haga el viaje de novios, uno de los dos se quedará en la tienda.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. AREUGER.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 850.	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS LEYER y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de julio

CUARTA Y ÚLTIMA SERIE DE SOLUCIONES

Celestino Marín Ortega (Barcelona):

"El pocero distraído comiendo en el restaurant."

Francisco Heredia (Madrid):

"El señor tímido que no se atreve a limpiarse con un palillo usado."

Ramiro Iglesias (San Sebastián):

El camarero.—¿Por qué se limpia usted los dientes debajo de la mesa?

El señor.—No, si no me limpio. Me estoy afilando los dientes para poder comer el biftec que me ha traído usted.

Augusto Robles (Santander):

El empleado del Metro distraído (después de tocar el pito). —¡Salida por las puertas laterales!

Tomás Santos Domínguez (Madrid):

El camarero.—¿Por qué come usted cubierto, caballero?

El cliente.—¡Para ver si se acuerda usted de traerme el tenedor que le he pedido hace media hora!

Antonio García (Madrid):

El camarero.—¿Se le ha caído a usted algo, don Pío?

El parroquiano.—No. Es que estoy buscando el biftec, porque en el plato no lo encuentro.

León Cembrano (Madrid):

En el adjunto dibujo, un hambriento es sorprendido en un restaurant de lujo; sigue engullendo escondido

y el mantel es su tapujo; mas de nada le ha valido.

Angel García Fernández (Coruña):

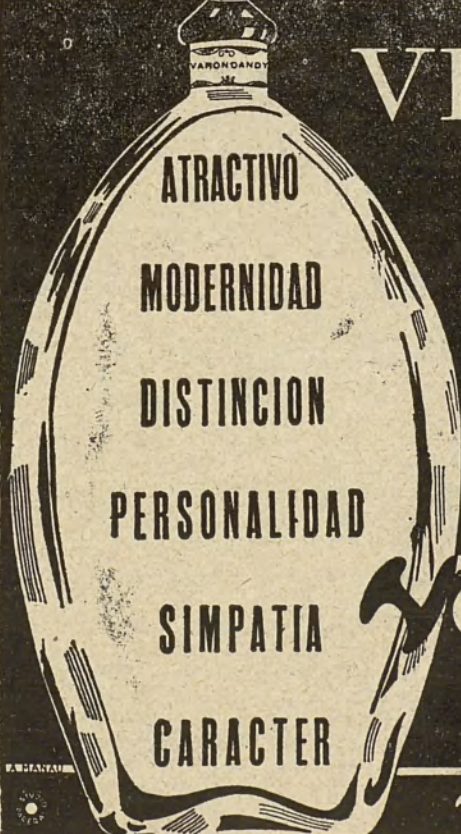
"Para roer un buen hueso se agacha como un sabueso."

Angel García y García (Coruña):

"El hombre que al empezar a comer notó que le faltaba la dentadura postiza."

También se han recibido soluciones de los siguientes señores:

Lorenzo A. Espinosa (Valladolid). Blas Sánchez (Madrid). F. D. F. (Salón). Mariano Gómez (Madrid). José María G. Garzo (Valladolid). Carmi-na Venero (Torrelavega). R. Royal (Llanes). Pepita de Burgos (Madrid). Manolita de Pablos (Madrid).




VEA VD.

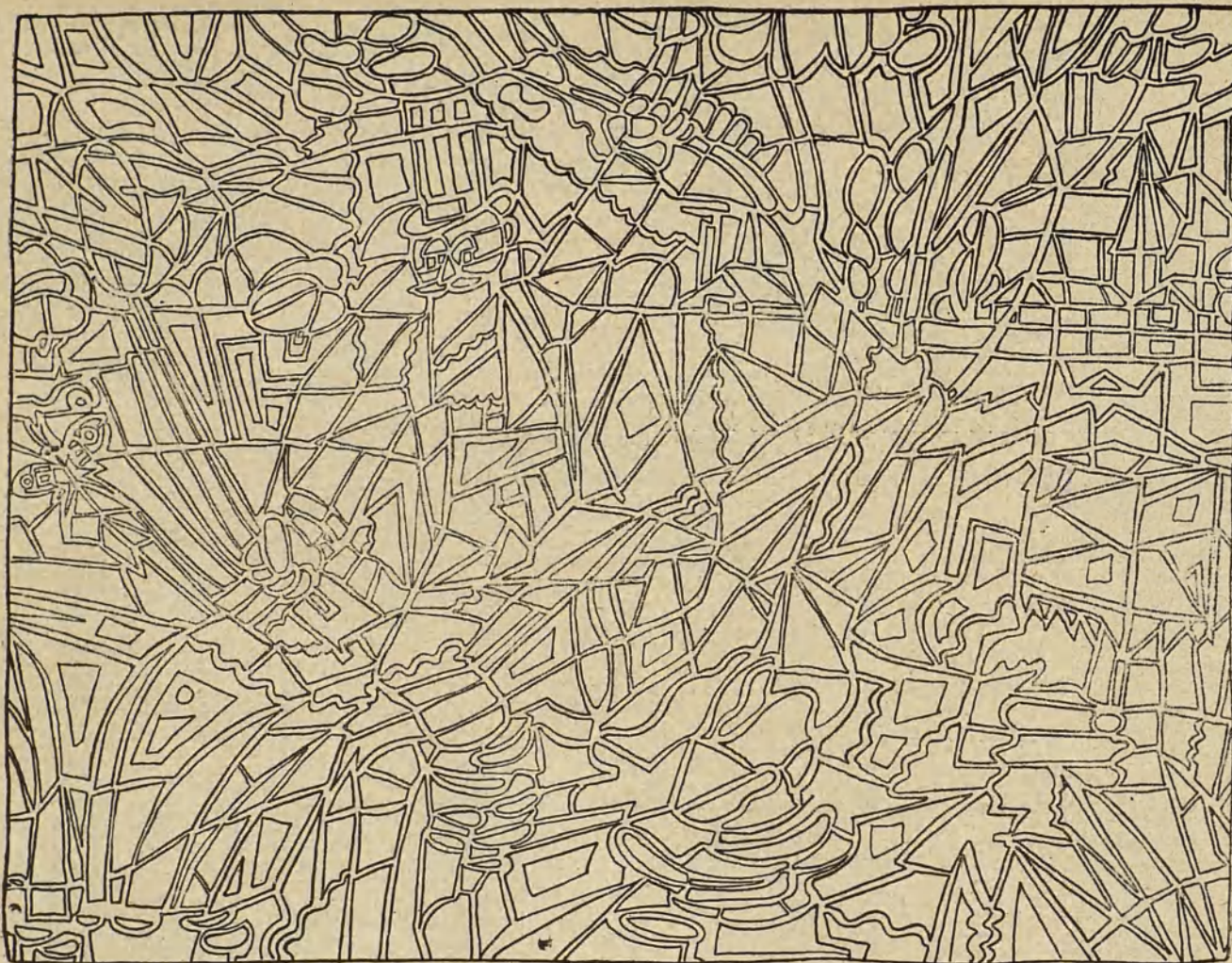
LO QUE
CONTIENE
UN FRASCO
DE

LOCION Varon Dandy

para caballero.



Varon Dandy
Perfumeria Parera
Varon Dandy



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO

Y va de concurso...

Esta vez Sama estaba, por lo visto, con anginas cuando dibujó el concursito y ha decidido que nuestros adorados solucionistas se vean atacados por la espalda de meningitis al observarlo para maquinan la solución.

Por lo demás, el que quiera matar a Sama que se pase por esta Redacción cualquier día laborable, de cuatro a ocho, que está amarrado en un sillón, a disposición del que ansie atizarle.

Y va de concurso (segunda vez). Se trata de lo siguiente:

En ese laberinto de rayas que encabeza estas líneas se oculta un dibujo; diremos más: se oculta una esce-

na campestre, cuyas verdaderas líneas han sido disimuladas por otras líneas superfluas a fin de establecer la debida confusión y que el dibujo no se advierta sino a fuerza de estudiarlo, mirarlo, remirarlo y darle vueltas.

El concursante tiene que coger un lápiz o una pluma, sentarse ante ese laberinto de rayas, adivinar por dónde van las líneas verdaderas, despreciar las líneas falsas y señalar con la pluma o el lapicero las primeras, hasta que el dibujo oculto resplandezca como un sol meridional o un picaporte recién frotado con gamuza.

Luego... lo de siempre, enviarnos el dibujo bajo sobre, con las señas correspondientes y un sello para que llegue, etc., etc.

Y para estos concursantes destinamos

¡¡DOS PREMIOS!!

de

¡¡CIEN PESETAS CADA UNO!!

¡Doscientas pesetazas dispuestas para ustedes!

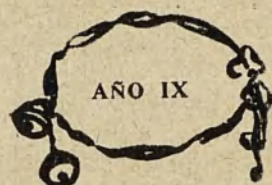
¿Hay quien dé más?

No. No. No. No.

Si lo aciertan dos lectores, les arremos un billete de veinte duros a cada uno. Si lo aciertan más de dos el correspondiente y se corrió sor teito...

El plazo de admisión de originales se cierra el 31 de agosto, a las die ciocho.

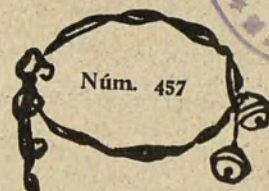
A ver si nos animamos, señores



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 31 de agosto de 1930



CRÓNICAS EN "MAILLOT" (EL VERMUT Y LA CIVILIZACIÓN)



SEÑOR director de BUEN HUMOR.

Particular.

Mi querido director: Siento interrumpir durante unos días las crónicas que con tantísimo éxito y fina voluntad venía enviando. Desde anteayer me veo precisado a guardar cama a consecuencia de una mala interpretación con solo de malaca que paso a explicarle.

Es el caso que nunca está uno suficientemente preparado para pasar de Collado Mediano, ya lo decía mi pobre tío Ruperto. Aquí en Biarritz existen seis o siete costumbres que nos desconciertan a los que venimos del café Universal. Una de ellas llamarle "mutton" al carnero, y otra—llegamos al cogollo del asunto—pasearse por las calles sin más engorros indumentales que media cuarta de traslúcido y ceñido "maillot" y un egipcio.

Al principio yo creí que esto sería una triste consecuencia de la carestía de la vida, y al cruzarme con algún voluminoso "monsieur" que inventaba tranquilamente el contenido de los escaparates desde la mínima residencia de su inconcebible "maillot", procuraba apartar discretamente la mirada no fuera a creerse el tío que uno se goza con el espectáculo de lo que yo estimaba precaria situación de la postguerra.

Pero aunque tarde, he aprendido que esa brillante reprise del Paraíso terrenal, que es Biarritz, obedece a muy otros y distintos motivos. Algo de madrugada me ha llegado el conocimiento, pero al fin lo recuperé, cosa no tan asequible a primera vista si se suman el número de estacazos que sobre mis costillas llovieron en el despreciable total de dos minutos y medio de "match", según cronometración

del "maitre". Y ya penetro en la cuestión.

Hace cuatro días, por iniciativa de un noruego que vive en mi hotel y no paga desde el Tratado de Versalles, fui a tomar el vermut a la playa. Esto, dicho con escueta desenvoltura, no parece cosa de importancia, pero para su mejor comprensión van los datos subsiguientes.

Tomar el vermut en la playa de Biarritz no es lo mismo que tomarlo en casa de Lillo, por ejemplo. En primer lugar por el vermut, que aquí lo hacen con residuos de obús y gases lacrimógenos, en vez de emplear el *crepe*, y en segundo lugar por la forma de tomarlo. Abi se toma con anchoa. Aquí se toma con "maillot".

Fuí a la playa y me senté en compañía de una familia de Perpiñán compuesta de padre, madre y siete escultóricas jovencitas, todos en "maillot". Siguiendo mi discreto comportamiento, procuré no fijarme mucho en la misera indumentaria de los covermutizantes, y hasta dije en alta voz, para destruir toda violencia: "Es natural, es natural que después de la gran catástrofe se hagan economías." Mas he aquí lo turbador, lo eugeniodorsescamente incomprensible. No había hecho más que quitarle la trinchera a una gamba, cuando la familia de Perpiñán comenzó a cuchichear, dando pruebas de visible malestar, a tiempo que dirigían miradas despectivas a mi pantalón de impecable corte y a mi lujosa americana de trábilla, y advertían a sus hijas: "¡Habrás visto tío indecente! ¡Niñas, no mirar!"

Aunque considerablemente alarmado, juzgué oportuno no darme por aludido y seguí desnudando mariscos. Discreción inútil. El vecino de Perpiñán, excitadísimo, dió una enérgica palmada, y cuando el "maitre" estuvo a tiro de sus insultos, le apostrofó:

—¡Esto es una vergüenza y una indignidad! ¡Es inconcebible que admitan ustedes a seres tan degradados y repugnantes, verdaderos basureros de impudor!

—Créame el señor—replicó el esclavo—que la casa selecciona todo lo posible su clientela. Pero no estamos libres de que, de cuando en cuando, caiga sobre nosotros un merovingio con "canotier".

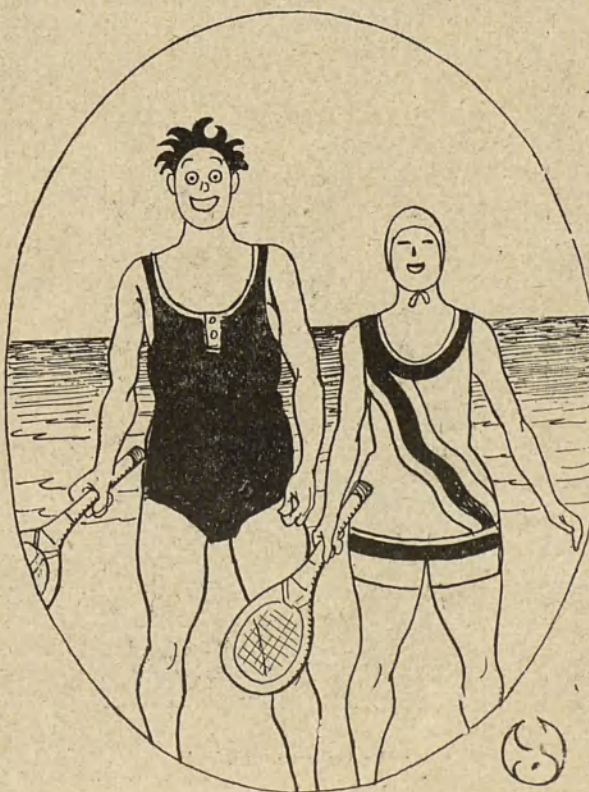
No pude más, e intervine.

—Oigame, ¿eso de merovingio es un fotodín mío? Deseo que se me explique ¡y con viñetas!

—Caballero—replicó el "maitre", creo que su postura, en esta ocasión, no es la más ventajosa para solicitar explicaciones, sino para darlas.

—¿Yooooo?

—El señor, sí. Estos caballeros se me han quejado y con razón,



Dib. SILENO.—Lourido.

de su traje, bastante inconveniente para tomar vermut.

—¡Mi traje! ¿Qué tiene mi traje, brianete?

—Y no han sido ellos solos. Con ésta pasan de doscientas las reclamaciones presentadas en el "comptoir" sobre la forma, francamente indecente, que el señor tiene de concurrir a los núcleos civilizados. Aquí, desde Carlos IX, no habíamos visto nunca un ser humano con camiseta—porque debemos esperar que el señor la lleve—, camisa ni ninguna de esas prendas escandalosas, deliberadamente indecentes que el señor se ha pues-

to, ignoramos con qué fin. De modo que yo invito al señor a que se ponga inmediatamente en "maillot" o a que se marche. En esta casa no toleramos escenas inconvenientes. Así que espero del señor que me releve del enojoso trabajo de cogerlo por las axilas. Reintégrese a la tribu por su propio pie.

Naturalmente, el final de la interpe-lación lo celebramos sobre dos limpi-simas mesas de operaciones.

¿Hice bien? ¿Hice mal? Lo ignora. Hasta que me baje medio metro la in-

flamación del pericráneo, no puedo discurrir con soltura. De todas formas, del episodio me ha quedado un vivo escor-zor espiritual y un fuerte dolor de huesos. ¡Aquel "maitre" hablaba con una seguridad, con un aplomo! ¡Las pala-bras cultura y civilización pegadas, co-mo una marca, al anca del "maillot", se aparecen ante mis ojos tan obstinadamen-te que..., no sé..., no sé...!

Mientras lo resuelvo, puede remitirle fondos a su activo y yacente subordinado,

L. PIELTAIN

Biarritz, agosto, 1930.

E L S O R D O

La clínica del eminente doctor X.

Doctor (Interrogando al enfermo).—¿Padece usted desde hace mucho la des-gracia de hallarse privado de la facultad de oír?

D. Olegario (Sujeto terriblemente sor-do).—Vivo en el camino de Caraban-chel, sí, señor.

Doctor.—Su sordera, ¿proviene de na-cimiento?

D. Olegario.—Como ciudad, prefiero Barcelona...

Doctor.—Voy a sanarle... (Manejan-do un escoplo.) Esto no es nada. En lo sucesivo no tendrá más padecimiento... Se terminó la operación. Dentro de bre-ves instantes, oírás perfectamente...

D. Olegario.—Parece que comienzo a advertir síntomas de ruido en el pabellón de las orejas...

Doctor.—Como que ya está usted bien...

D. Olegario.—¡Milagro! ¡Ya oigo!

Doctor.—La curación importa quinien-tas pesetas. ¿Entiende? ¡Quinientas pe-setas! ¡Cien duros!

D. Olegario.—¡Ay! ¡Qué conmove-dor resulta escuchar la voz humana! (Cae al suelo desmayado, derribando, al perder el equilibrio, el cubo de las gasas.)

Un bar.

(En la pianola suenan las notas de un tango. D. Olegario, reflexionando y de-glutiendo un bocadillo de jamón, se halla sentado ante una mesa del estableci-miento.)

D. Olegario (Para sí).—Alcanzada la facultad de percibir sonidos, he acudido primeramente a un teatro, donde se daba una función a base de negros, género de espectáculo el más en boga hoy día. ¡Prueba valiente, para un tímpano vir-gen, enfrentarse con la algárbra pro-

ducida por los artistas de color choco-late con sus saxófonos, bombos y sarte-nes! (En la pianola del establecimiento, por haber finalizado el rollo, colocan otra nueva pieza, partitura que resulta ser otro tango.) Pese a mis comprensi-bles anhelos por oír, estuve a punto de justificar a Napoleón cuando afirmó "que la música era el más molesto de los ruidos"... Salí algo mareado del lugar de diversión, aumentando mi mal con la barahunda de la calle. Sonidos de "cla-xon", bocinazos, timbres de tranvía, pre-gones de vendedores... Para buscar un poco de calma, me he guarecido en este bar. (Terminada la pieza que ejecutaba la pianola, es reemplazada por otro rollo de un nuevo tango.) Pero en este sitio existe la pianola que interpreta



Ella.—¿Me quieres mucho?

El.—Más que a los millones de tu papá.

Dib. ADALBERTO.—Jerez.

tangos. He aquí un utensilio desagra-dable. Mi oído no puede soportar la em-palagosa música de semejante molesto aparato. Me voy. De existir en tiempos de la Inquisición la pianola, de fijo se hubiese empleado como terrible instru-mento de tortura. (Se marcha del esta-blecimiento sin abonar el importe de la consumición.)

Una sala del domicilio de D. Olegario.

D. Olegario (Para sí).—Por no haber participado a nadie mi propósito de acu-dir a la clínica, todos los de casa ig-noran que me ha desaparecido la sor-dera.

El doméstico.—Buenas noches, señor... Deseaba hacerle una súplica, don Olega-rio... Yo poseo una familia numerosa. La vida está muy cara. ¿No podría el señor concederme un aumento de sueldo?

D. Olegario (Para sí).—Resultaría evi-dentemente inoportuno dar ahora señ-ales de hallarme curado... (Alto.)—¿Ha venido mi esposa?

El doméstico.—Sí. Avisaré a la seño-ra... Pero ¿qué contesta el señor a mi demanda?

D. Olegario.—Opino como tú: hoy hemos gozado de un día excelente...

El doméstico (Implorante).—Cubro mezquinamente las necesidades, don Olegario. Mis hijos carecen de calzado...

D. Olegario.—Llevas razón. El servi-cio de tranvías resulta detestable...

El doméstico.—¡Maldición! ¡No exis-te forma de hacerse comprender por es-tos endemoniados sordos! (Vase indig-nado.)

La esposa (Penetrando).—Hola, mari-do mío... ¿Sabes que he visto un deli-cioso collar en una joyería de la Ca-rrera? ¡Quiero que me compres esa alhaja!

D. Olegario (Para sí).—Tampoco

creo llegada la ocasión de anunciar la desaparición de mi sordera... (Alto.) ¿Has visitado, esposa, a nuestros amigos los Tablajilla?

La esposa.—¡Olegario, me sales por la tangente! ¿Adquirirás el collar?

D. Olegario.—El señor Tablajilla es un señor muy sesudo.

La esposa.—¡Siempre me replicas con incoherencias! ¿Vas a regalarme la joya, sí o no?

D. Olegario.—Y la señora Tablajilla es una honrada madre de la que nadie tiene por qué hablar mal...

La esposa.—¡Qué desesperación! ¿De estos solapados sordos nada se extrae jamás! (Sale de la estancia.)

El acreedor (Entrando. Este individuo es sordo).—¿Se puede? Yo venía a cobrar...

D. Olegario (Para sí).—Opino que tampoco debo decir a este sujeto que me he aliviado de mi sordera. (Alto.) Me comunica usted que tiene sus hijos atacados de glosopeda. Lo deploro.

El acreedor.—Le advierto que con ha-

lagos nada se consigue de mi persona. Vengo a que se me pague...

D. Olegario.—Pero no se apure, hombre. En cuanto avise al veterinario, sus hijos sanarán...

El acreedor.—¡Menos lisonjas, caballero! Me hallo dispuesto a que me abone la cantidad que me adeuda. Vamos, tire usted de cartera...

D. Olegario.—¿Por qué no se lleva a los pequeños al campo? Allí, merced a la excelencia de los pastos, recobrarán pronto la salud...

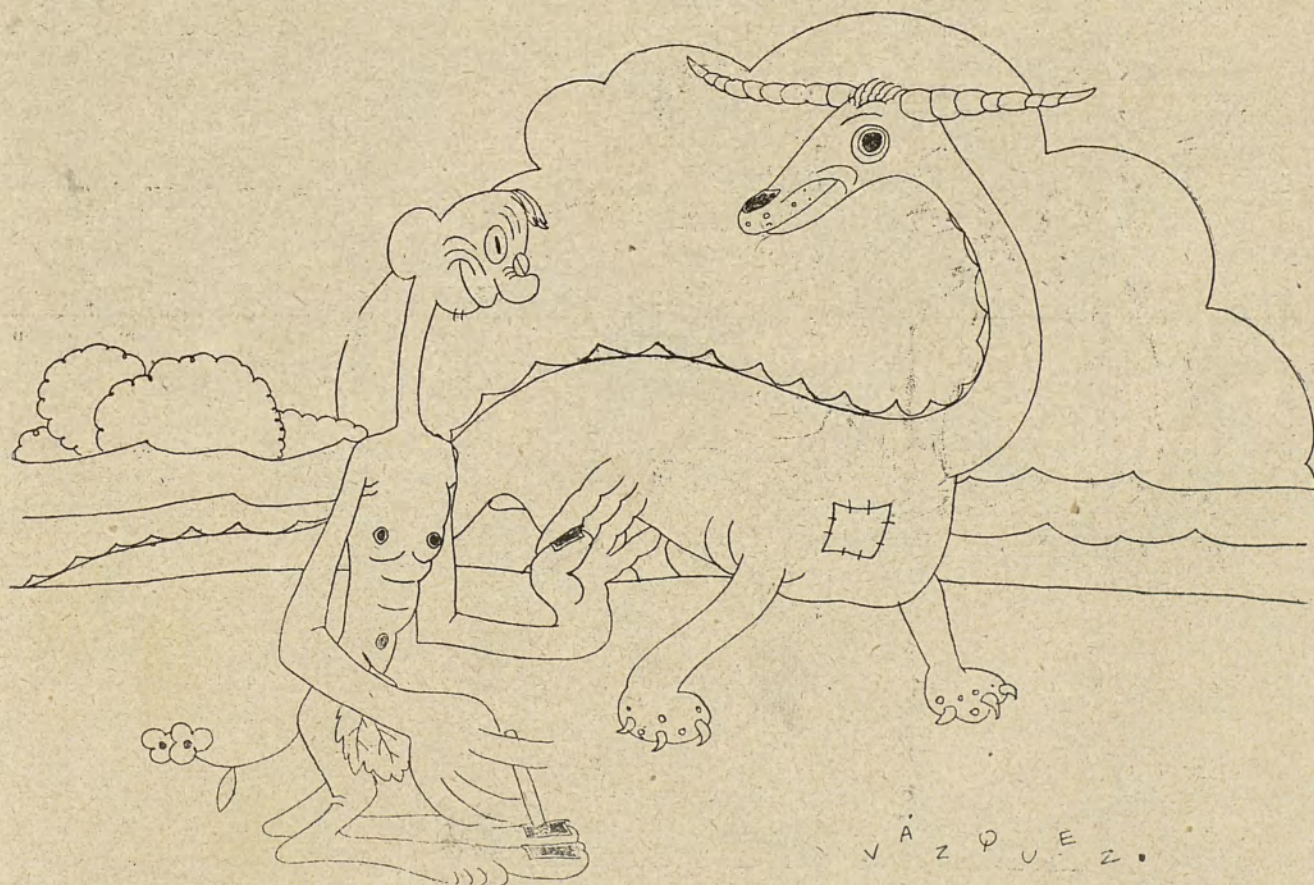
El acreedor.—¡Usted es un tío desahogado! ¿Se precisa cinismo para no pagarme! ¡Ah si no fuese usted sordo, me tendría que escuchar, caballero! (Sale de la sala, tras dar un irritado portazo.)

Dormitorio de D. Olegario.

D. Olegario (Meditando al pie de la cama).—Después de las pruebas hoy realizadas, creo necesario preguntarme si

resulta de utilidad para el ser humano la ventaja de oír... No. Opino que a través del sentido del oído sólo se perciben sensaciones desagradables. Cuando se transita por la calle, precisase ir con la oreja aguzada para sentir las llamadas de las bocinas. Existen en el mundo cosas que parecen exclusivamente creadas para causar molestia a quien escucha. El gramófono, la pianola, la "radio", el cine "sonoro", las cupletistas, entre otras... Cuando habla la gente es para murmurar de sus semejantes o para pedir alguna cosa egoístamente. Con la sordera, liberado de experimentar tales inconveniencias por el mal que aqueja, se es más feliz que disfrutando de la facultad de oír... Estoy decidido, por tanto. Sí. Mañana, a primera hora, me trasladaré al domicilio del médico que realizó mi curación. Y le diré: "¡Doctor, por el precio que sea, vuélvame a mi anterior estado! ¡Quiero ser definitivamente sordo!"

LUIS ESTEBAN



—Este bicho me lo llevo yo a casa para colgar la ropa.

Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.

PSICOLOGÍA PURA

Pensamientos de "Buen Humor"

El amor a los padres es una obligación tan ineludible como sagrada, tan forzosamente como universal, tan necesaria como terrestre y marítima.

El ser que no ama a su padre es el ser más despreciable del orbe, el ser más indigno de las calles asfaltadas, el ser que no puede librarse de este estigma vergonzoso: ¡el ser un sinvergüenza!...

Exceptuemos, no obstante, a algunos seres que no aman a su padre porque les es materialmente imposible.

Las moscas, por ejemplo.

¿Cómo van a amar las moscas a su padre si nunca pueden saber quién es?

El cine sonoro ha resuelto una cuestión que, desde muy antiguo, era una pesadilla... Y, sin embargo, ninguno de los encarnizados apologistas del supradicho cine sonoro ha caído en la cuenta del formidable prodigio.

Porque, en efecto, la única cosa tras-

cendental que ha venido a resolver el cine sonoro es el que los retratos estén hablando.

Fenómeno que no habían conseguido todos los fotógrafos de la Tierra, a pesar de los anuncios inmodestos con que exaltaban la labor del propio cosechero.

La mujer rusa, sin excepciones, es la mujer menos indicada para los hombres vehementes y voluptuosos.

¿Que por qué?

Pues porque la mujer rusa es una mujer fría...

El hombre sentimental y romántico debe huir de poner sus ilusiones en una hembra que no pueda comprenderle.

¡Vamos, en una foca..., o en otra cosa así por el estilo de estúpida y antipática!

El tendero que aumenta el precio de las libras de chocolate, fundándose en que en las Bolsas de todo el mundo se reconoce como una broma lícita el alza de las libras, es un infame al que no debe saludar ninguna persona que tenga una regular ortografía.

Perdonamos a un hombre el que haya nacido negro; le perdonamos, asimismo, que haya sido antropófago una temporada, e incluso que haya llegado a comerse *a la broche* los riñones de un comisionista inglés de pastillas para la tos; podemos hasta perdonarle que se nos haya puesto exageradamente boxeador con nuestro paisano Uzcudun y le haya frito a mamporros recalcitrantes y resonantes; pero lo que nunca podremos perdonar a un negro es que no haya sabido enseñar a bailar el charleston a Romanones.

¡Porque es el único espectáculo que nos hubiera hecho felices en esta época de pesimismo y de pulgas!



—Pues si "quies" ya sabes; el maestro te hace un árbol genealógico.

—Por ahora..., con la higuera del corral, tengo bastante...

Dib. CASERO.—Madrid.

El borracho que aborrece a los árboles y a los caballos, porque los árboles tienen copas y los caballos cascos, ejerce un derecho tan legítimo e indiscutible que no le puede negar ni una Dictadura de las más despóticas.

El poeta alemán que no encontró consonante a la palabra *Kastergräuhesser-wipfst*, hizo perfectísimamente en pegarse un tiro.

Porque, si lo encuentra, se lo hubiera pegado un lector.

El viudo que se casa en cuantas nupcias posteriores se le presentan, no puede nunca llegar a ser un bibliófilo eminente y famoso.

Porque el socio demuestra bien a las claras que no le interesan las primeras ediciones.

No se puede llamar consecuente republicano al republicano que unos días aplaude a Celia Gámez y otros días a Loreto Prado.

¿Dónde está la consecuencia?

¡Por supuesto, la consecuencia la pueden sacar ustedes!

Pregunta inocente a la Academia de la Lengua:

A la dolorosa faena que uno tiene que hacer, como efecto irremediable de una indigestión de guindas, ¿se le puede llamar *guindalera*?...

¡Ustedes dirán!

La pregunta no la hemos podido hacer de un modo más académico.

Los guardias del tráfico no pueden ir a misa, porque su presencia en tan respetable sitio suele dar lugar a algo que resulta irreverente y nefando.

En efecto, cuando tocan a alzar, no hay guardia que no levante la porra sin darse cuenta.

Y eso no está bien.

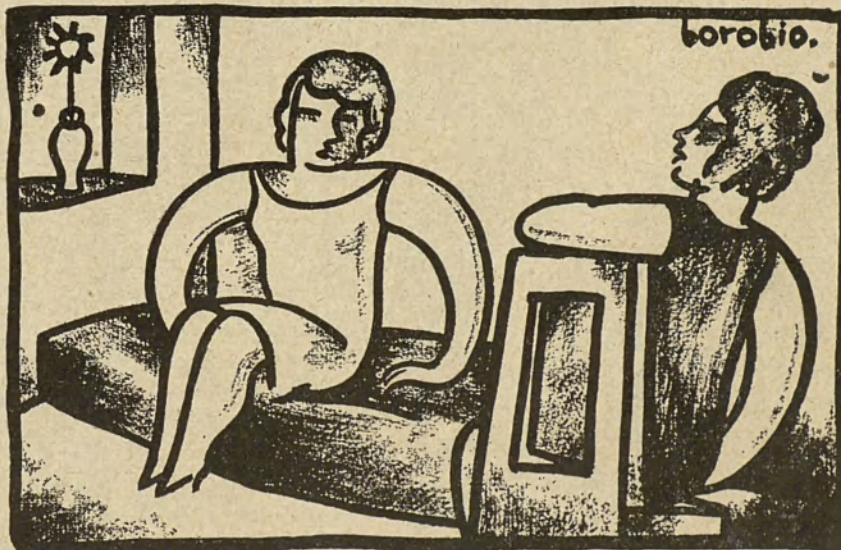
Amén.

ERNESTO POLO



—¿Y usted no ha sentido nunca el vértigo?
—En una sola ocasión.
—¿Cuál? ¿Al borde de algún abismo?
—No, senyor; al pie del altar.

Dib. CASTANY.—Barcelona.



—Voy a pedir el divorcio... Mi marido me lanzó ayer miles de palabras insultantes.
—Exageras...; no es posible tantas...
—Sí, porque me tiró el diccionario.

Dib. BOROBIO.—Zaragoza.

VERANEANTE FELIZ

¡Ya estará contento el pobre don Luis Delgado D'Atrás! Igual que todos los años ha satisfecho su afán.

¿Por qué? Porque (a ruego suyo, como os podréis figurar) ayer publicaron cinco periódicos esta gran noticia: "Mañana sale para los baños de... Tal, en el expreso de Irún, don Luis Delgado D'Atrás."

Todos los años la Prensa se goza en participar que va don Luis a bañarse no sé qué sitio especial de su persona. Y yo digo: ¿A quién le puede importar que se vaya o que se quede sudando en la capital? ¿Quién es ese ciudadano?

¿Es de la pantalla un "as"?
 ¿Es jefe de alguna "troupe" de esas que formando están los políticos?... ¿Boxea?
 ¿Es catedrático? (¡Quiá!)
 ¿Es aristócrata de esos que bullen en sociedad?
 ¿Es celebrado poeta?
 ¿Es torero popular?
 ¿Es director, o arzobispo, o excéntrico musical?...
 No es nada más que "viajero", y el ser eso nada más no es suficiente motivo para la publicidad.
 ¿Les importa a los lectores que un señor particular que jamás ha sido nada, ni lo es hoy, ni lo será (y que hasta tiene apellidos

que debía reformar) tome el tren y vaya a Cádiz o a París o a Sanchidrián? Pues, sí. Según su costumbre, ridícula por demás, el reputado viajero nos dice ayer que se va, y que me va a mandar una caja de habanos y un flan si el BUEN HUMOR del domingo también la noticia da. Pero ignora que si manda postre y cigarros, quizá se crucen con los padrinos que yo le pienso mandar. ¿Y creéis que éste es, lectores, el único caso?... ¡Quiá! ¡Llega el verano y hay muchos Luises Delgados D'Atrás!

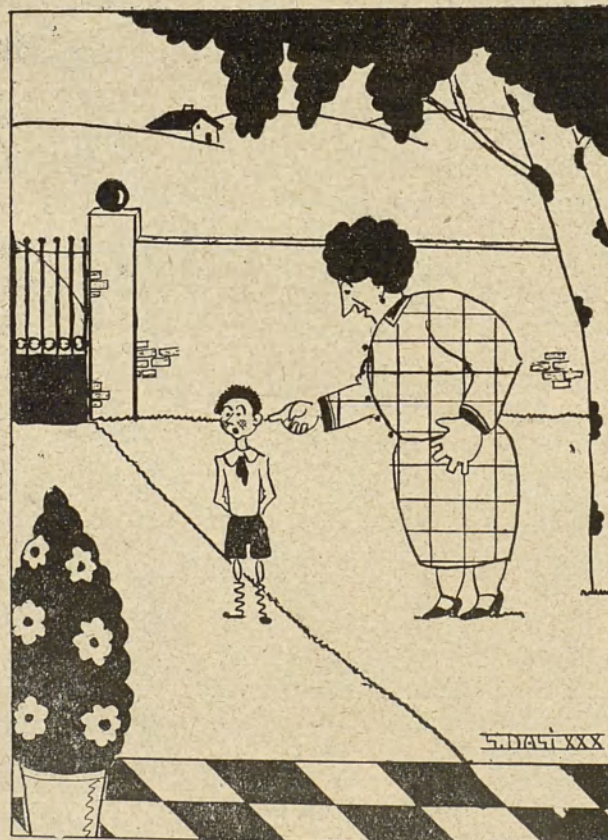
JUAN PEREZ ZUÑIGA



Ella.—¿No sabéis que un vivo ha querido robar en mi azotea?

Uno.—¡Hombre, qué raro; un vivo y "en-terrado"!

Dib. PEIRO.—Madrid.



La señora.—¿Pero por qué no te lavas las orejas, que las tienes tan sucias?

El niño.—Porque todavía oigo bien...

Dib. PASI.—Valencia.

A LA PESETA

¡Dama de mis entretelas,
mis ansias y mis anhelos!
Tú que aquí y en Cienpозuelos
vales cuatro *carabelas*,
¿por qué en Londres tal te alelas
que te quedas a *dos velas*,
por los suelos,
o debajo de las suelas?
Así, pela entre las pelas,
te amueles y nos amueles
a todos ¡viven los cielos! (1)

Está la libra esterlina
contigo jugando al gol,
¡oh, noble raza latina!
¡Al propio sol español
vencer la inglesa neblina!...
¡Qué vergüenza para el sol!

De la indignación la ola
nos inunda hasta la gola
o aún más: hasta la ceja;
que una miss a una manola
nunca la mojó la oreja.

Al verte caer así
pienso que la *negra* aquí
tan de lleno nos cogió,
que, para ti y para mí,
las minas del Potosí
serían del *Potonó*.

Pienso te ahoga el asedio
de las gentes codiciosas,
o que no tienes remedio
por sufrir nostalgia y tedio
de las notas oficiosas
miguelprimorrriveristas,
regocijo de arrivistas.

Dí, por favor, qué te pasa;
por qué en las bolsas pereces
más barata de la tasa,
y dí por qué no pareces
por mi casa.

Porque en el cuño que tienes
tienes la *gracia de Dios*,
truecan en males tus bienes
quienes
van del agio innoble en pos...
¡y han fraguado una cruzada
contra la hispana fortuna!,
¡y te están haciendo una
judiada!!

Mas yo, tu devoto fiel,
al ver a tantos tirando
tu crédito y tu cartel
digo para mi alquicel:
"¡Oh, católico Fernando!
¡Oh, católica Isabel!
No hubo ni habrá otro par.
¡Qué sapios fuisteis los dos!
Y aquí bien cabe afirmar
que *por la gracia de Dios*."

Y el canto concluyo aquí,
sentando que tus reveses
son trancazos de yangüeses
que yo mismito sufrí:
Te persiguen los ingleses:
¡igual, lo mismo que a mí!

VICENTE ESCOHOTADO

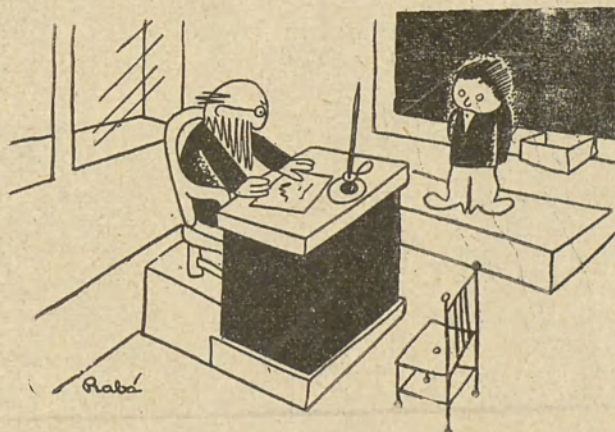
(1) No es ripio la exclamación:
es que a los cielos conjuro,
y les juro que es que juro...,
pero con mucha razón.



—¿Quiere usted bailar este vals, señorita?

—¡Con mucho gusto! Búsqüeme usted pareja.

Dib. Bosch.—Barcelona.



—¡Cómo! ¿No ha oído nunca hablar de que H_2O es la fórmula del agua?

—Sí, señor, que he oído hablar; pero, francamente, yo creía que H_2O era una estación de radio.

Dib. Rabá.—Santander.

EL "OTELITO" DE CIUDAD LINEAL

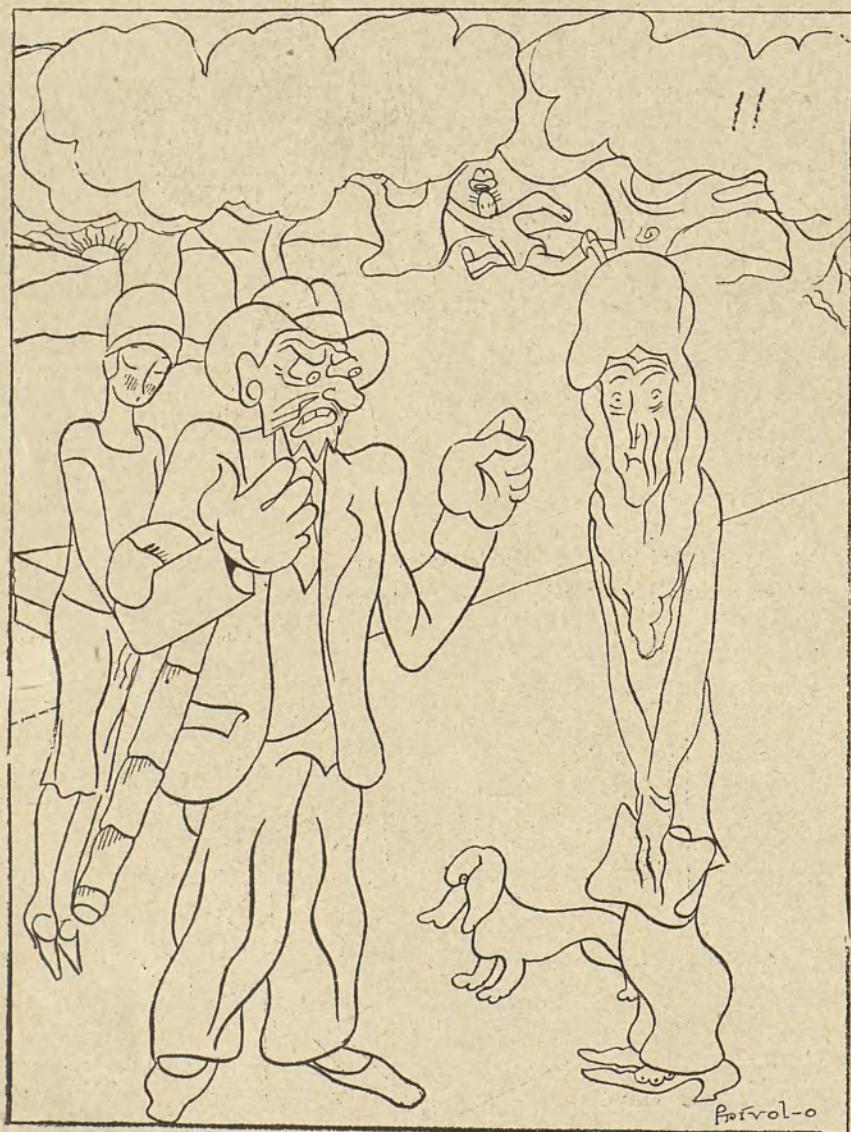
I

Augusto es rubio, tripón y con una calva maravillosa, donde las moscas realizan sus campeonatos pedestres. Augusto es un excelente marido, para quien su mujer reúne todos los encantos; pero esto es una metáfora creada en la imaginación del esposo, porque Antonia es más fea que las brujas de Goya. Eso sí, honrada como la primera; pero con ese antecedente de belleza la honradez se supone.

—¡Feliz matrimonio!—exclaman los vecinos cuando pasa ante ellos la pareja, oscilando sus cuerpos en pendulosa bipedestación. Apoyados uno en otro, como las yuntas de bueyes, Antonia y Augusto sacan a pasear sus cabezas rebosantes de aburrimiento, fatigadas por la carga de fealdad que llevan sobre los hombros.

La señora tiene un defecto muy "gracioso" en la boca; está desdentada a consecuencia de un tropezón que dió, al volver una esquina, con un camión car-

gado de ladrillos, y que, casualmente, tomaba la curva al mismo tiempo que ella. Al chocar el camión contra las marfilinas herramientas de Antonia retrocedió seiscientos metros; y menos mal que quedó calzado con la teja de un cura, si no se hubiera estrellado con cualquier bloque político. Pero al cabo de los años el defecto apenas se nota; su mismo marido tapó la mella con una tira de papel secante verde, que imita a la perfección el color del resto de la dentadura. Sobre los falsos incisivos desliza Augusto sus besos o seca la cuenta del carbonero el día primero de mes.



—¿Y para esto le doy a usted veinte duros para que vigile a mi hija?

—Es que ella me da más por no vigilarla.

D. D. FRÍVOLO.—Zaragoza.

II

Antonia, en el fondo, es una mujer egoísta; siempre se ha dejado querer porque la convenía su matrimonio. Augusto no ha trabajado nunca, pero es cariñoso y goza de una renta "saneada" que le permite saborear la felicidad. Su abuelo fué traperero en aquellos tiempos del Madrid romántico en el que la gente se alimentaba de sueños y, naturalmente, no les sobraba nunca comida. El negocio fracasó, y gracias a unos ahorillos que tenía formó sociedad con cuatro o cinco traperos más, fracasados también, y establecieron un puesto de "gallinejas" en el corazón de Curtidores. La gente se pegaba por no comprar en el puesto del señor Augusto.

Así sucesivamente siguió la desgracia cebándose en el pobre abuelo de este Augusto III, marido de la Antonia, hasta que, cansado de la vejez, decidió morirse, y fué a hacerlo en la misma cama que falleció "Felipe el Hermoso". Y ésta fué una gran suerte; porque el susodicho Felipe, que nada tenía que ver con el marido de doña Juana "la chiflada", sino que era un conocido "choricero", dejó entre los colchones de su camastro el producto de la última sustracción de su vida, y de ello se apoderaron el hijo y el nieto de aquel Augusto I el traperero.

Después, el suegro de Antonia conservó la fortuna, y legó a sus hijos las pesetas del "hermoso" y una dosis masiva de vagancia. La muchacha comprendió todas las buenas condiciones del tercer Augusto de la dinastía, y accedió a matrimoniar una tarde de abril a espaldas de cualquier templo de la ciudad.

III

—¡Feliz matrimonio!—dicen a diario los vecinos de Ciudad Lineal.

—Han descubierto la fórmula del amor eterno—exclaman otros.

—¡Ah, si mi marido fuera como ése!

—¡Oh, si yo tuviera una mujer así!

Algunos aseguran que Antonia lleva debajo de las faldas unos pantalones de cuadros; otros proclaman que han visto a Augusto fregando el suelo de la cocina mientras ella reposa la cena. De todos modos algún secreto debe haber en la casa que disuelve las discusiones y las genera en amor y alegría.

Pero hoy están preocupados los habitantes de alrededor. El matrimonio ha salido separado; ella, más fea que nunca; él, con la calva negra de cardenales.

—¡Ese tío es un imbécil!—repite Antonia muy bajito.

—¡He descubierto mi desgracia!

—¡¡Ya se han dado la primera paliza!!—gritan los matrimonios envidiosos con loca alegría.

—Mi mujer no me quiere—runrunea Augusto.

—¡Pero, hombre, no diga usted eso!—se atreve a objetar el farolero del barrio.

—Sí, señor; es verdad. ¡Está enamorada de Mateo!

El torrente de lágrimas que rueda por sus mejillas va a desembocar en el arroyo Abroñigal. Con motivo de tan caudaloso afluente se teme un desbordamiento del arroyo.

—¡Mateo, Mateo! Parecía una mosquita muerta.

—No se ponga usted así, don Augusto—repite a coro una comisión de vecinos encargada de consolar al marido burlado.

—Si eso nos pasa a todos—dice el farolero, ocultando una campanita que le cuelga del cuello.

Grupos de mujeres merodean la vivienda, cuando Antonia ha regresado.



—No me hables de Pocholo. Resulta que lo cito aquí a las cinco de la tarde, llego a las seis y media y no está. ¡Cuando lo vea me va a oír!

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

—¡Callar, chicas, que parece que hablan!

—¿Por dónde habrá entrado el amante?

La voz de la adúltera rasga el silencio con un vocablo mimoso:

—No te apures, rico.

—¿Y qué piensa usted hacer, don Augusto?—preguntan los más atrevidos.

—¡¡¡Matarlos a los dos y después volver el arma contra sí.

—¿Contra quién?

—La he sorprendido besándole esta mañana, y la boquita verde de mi Antonia no puede ser más que para mí.

IV

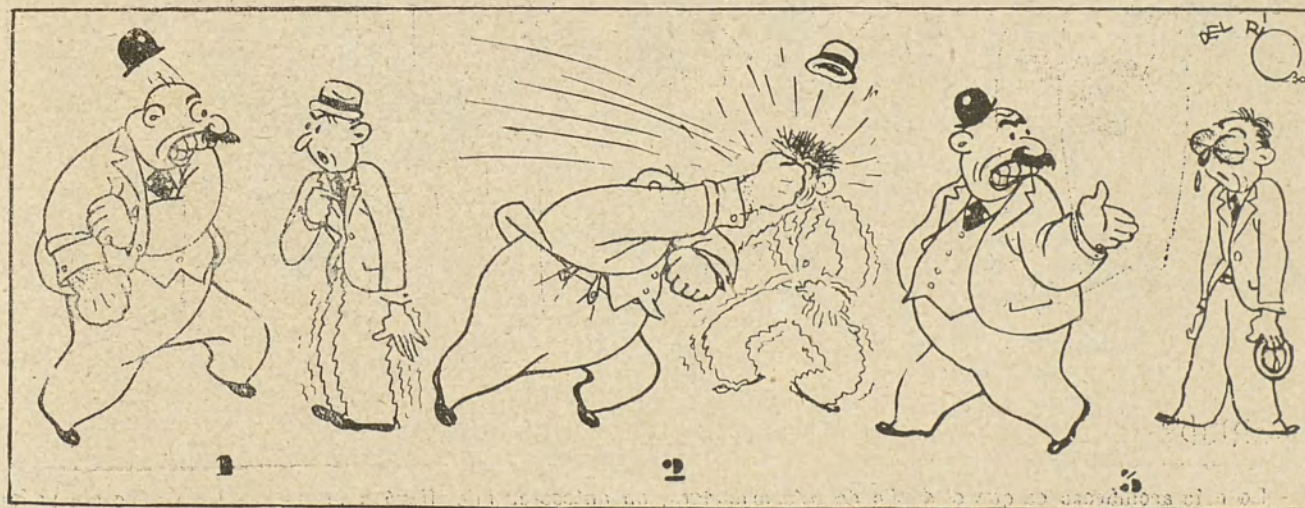
Tenía que ocurrir el suceso. Los celos terribles de Augusto no han hecho caso de consejos. Pensaba que su mujer no debía querer a nadie más que a él, y cuando la sorprendió acariciando la cabeza de Mateo, la sangre se agolpó en sus ojos, la cólera le crispó las manos y no pudo contener su locura. De nada sirvieron palabras ni razones. Se sentía burlado y su amor reclamaba venganza.

Cuando entra el Juzgado en la casa, un cuadro espantoso se ofrece a la vista. Antonia está destripada. En la frente tiene escrito un letrero: "Toma, por mala. Tuyo, Augusto".

La Guardia civil recorre la casa en busca del asesino. Al fin, descubren que se ha tirado al pozo, sin duda para lavar con agua fresca la mancha de la deshonra.

Desde su cuadra, Mateo reza una oración de *corpore insepulto* con rebuznos floreos. Es lo último que va a hacer por sus amos.

JULIO ANGULO



1. —¿Usted es el que va diciendo por ahí que el cajero de la oficina "sis" y "que yo hago la vista gorda", eh?

2. —¡¡Paf!! Por lo menos ahora...

3. —... tendrá usted razón.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



BARRIDO

—Lo más asombroso es que el dueño de esta armadura, un antecesor mío, llegó a los ciento siete años sin padecer enfermedad alguna.

—Pues yo creo que no tiene nada de particular que así, en lata, se conservara tan bien...

Dib. GARRIDO.—Madrid.



—¡Quince días hace que naufragamos! ¡Esto ya va siendo aburrido!

—Oye, ¿y si para distraernos nos disfrazásemos de “pierrots”?

Dib. SAMA.—Madrid.

EL AUTOESCUCHA

Era yo estudiante por aquel entonces.

Un sabio matemático, un ilustre profesor, iba a explicar la primera conferencia de un cursillo trascendental para las matemáticas puras. Prometía revelaciones sensacionales, talés como la revelación de tres negativas de una raíz quinta vista de perfil tomadas desde un avión y la solución del fundamental problema de la esclavitud, basándose en el cálculo de las integrales curvilíneas.

Recuerdo perfectamente el comienzo de su disertación, aquel atardecer de otoño suave y tibio como un lunes abrileno yendo hacia El Pardo. Moría la tarde, de pena sin duda, al ver que el día se le iba, cuando dió principio a su peroración de aquel modo tan ingenioso y original que le valió el glorioso sobrenombre de *El Manico de Lepanto*.

—Señoras y señores: soy rico, joven y guapo. ¿Qué más puedo desear?

Contábanse de él algunos hechos y anécdotas que ponían de manifiesto su extraordinaria mentalidad y el agudísimo ingenio de su fino espíritu.

Decíase, que cierta vez que tuvo que pedir lumbre para encender su cigarrillo a un individuo, éste le ofreció un mechero campero; un mechero de esos cuyo elemento combustible es una mecha larga, amarilla y enroscada, que cuando arde nos da la sensación de que algo se quema, y algo se quema realmente: la mecha. Una de esas mechas que habrá constituido una parte integrante de la bufanda de algún vendedor ambulante.

Pues bien, nuestro sabio, al ver el mechero, pidió mil perdones, dió miles de gracias, pero lo rechazó cortésmente.

—¿No le gusta a usted el mechero campero?

—No, señor,—respondió secamente el

ilustre matemático,— me revientan los tangos argentinos...

Bueno, y como esta anécdota, qué sé yo cuántas.

Este gran matemático y sabio profesor no causó gran sensación al presentarse ante el distinguido público.

Realmente, era un sabio un poco absurdo: además de tener algo de cara de idiota por parte de padre, era un sabio joven, sin esas melenas blancas que caracterizan a los sabios verdaderos. No usaba gafas, ni siquiera postizas, y al parecer no tenía ni la más pequeña manía. Aseguraban que tampoco era nada distraído y carecía en absoluto de la original costumbre de hablar solo.

¿Es esto un sabio? Si esto es un sabio, que baje Dios y me compre una estilográfica sin *ese líquida*, como vulgarmente se dice.

Sin embargo, no hay que alarmarse —ahora si hay embargo, la cosa varía— por estos importantísimos detalles que dejo apuntados. A pesar de todo, aquel hombre era realmente un sabio, pues si bien carecía de muchas condiciones de todo punto indispensables al hombre extraordinario, odiaba el anuncio del papel de fumar marca "Bambú", y poseía, en cambio, otras y unos botines color "amarillo no", que lo retrataban como tal y le daban un aire de suficiencia propio de un gabinete estilo Luis XV.

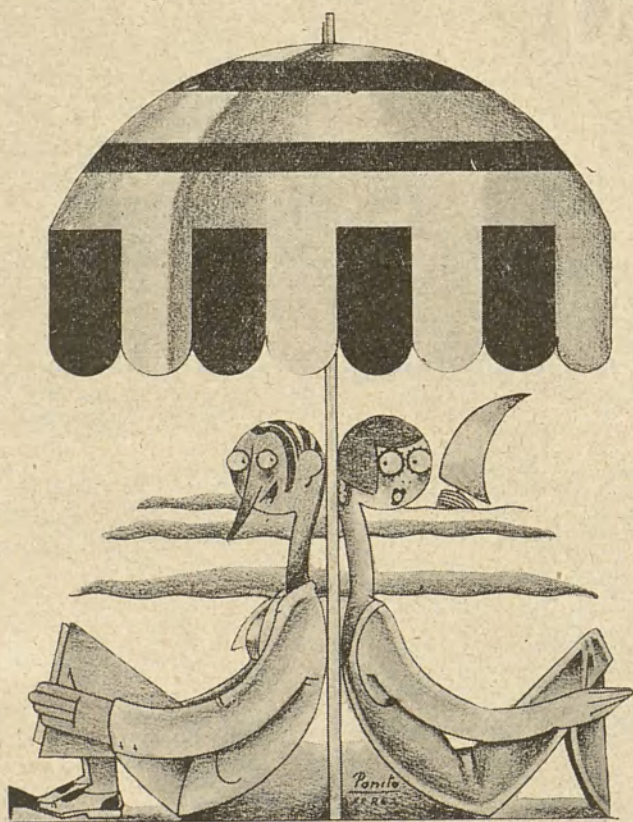
Estas condiciones que no escaparon a la rapidez y profundidad de mi observación, radicaban esencialmente en el indumento y en el modo de llevarlo: usaba americana negra, mulata más bien, por el uso, de la que sólo abrochaba el botón superior. La corbata mal hecha, con grueso nudo, como de *pera* contemporáneo.

Lo más curioso eran los pantalones: unos pantalones a rayitas, pero con la notabilísima particularidad y absurda extravagancia de que estas rayitas eran: una rayita sí y otra no, una rayita sí y otra no, y así sucesivamente hasta la rayita número catorce, y desde aquí ya continuaban las rayitas normalmente.

Gastaba sombrero negro, colocado de un modo poco airoso, y lo debía gastar mucho, a juzgar por su deplorable estado.

Su físico no ofrecía nada de particular a no ser el óvalo de su rostro, que era perfectamente redondo, cosa curiosísima, por cierto. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni rubio ni moreno—calvo—era uno de estos hombres que lo mismo podrían ser ellos que un amigo suyo, si no fuera por la personalidad y el carácter que les presta un atavío externo más o menos pintoresco, más bien menos que más, llevado con un descuido más o menos estudiado, más bien más que menos.

Quedamos, pues, en que era un sabio;



—Pepita.—Hace lo menos tres años que no me baño en el mar; pero cuando lo hacía era con "maillot".

—¡Eso sí que es raro! Siendo antes mucho más joven eras "maillot".

Dib. PONITO.—Jerez.

aunque superficialmente no lo pareciese.

Es curioso este antagonismo entre lo físico y lo químico de las personas. Sólo en las novelas vulgares el notario tiene aspecto de notario, el general, de general, el bandido, de bandido. En la vida no es esto lo corriente, y no es extraño que un sabio astrónomo tenga el aspecto de un náufrago y, por el contrario, que un náufrago tenga toda la pinta de un padraastro noruego o de un buen extremo izquierdista, ponga por ejemplos.

Pero volvamos con nuestro sabio.

Poseía una maravillosa voz de contralto asturiana, que manejaba con cierta lentitud, no seguramente por falta de elocuencia, sino más bien por cierta voluptuosa satisfacción de rumiarse las frases en su cerebro antes de soltarlas, y por gozar del placer no menos voluptuoso de escucharse él mismo con tal interés y deleite, que bien los hubiese querido para su público.

Era, pues, un *autoescucha*.

Tanto era su interés y con tan desmesurado afán se oía, que sus palabras apenas si tenían tiempo de llegar al auditorio; de su boca pasaban inmediatamente a sus oídos y de allí, otra vez a su cabeza, donde, sin duda, quedaban en disposición de ser barajadas y ordenadas para volver a ser vertidas en forma de conceptos totalmente distintos.

Así, la ciencia no se le agotaba del todo.

Antes de seguir adelante he de hacer resaltar la belleza y exhuberancia de mis imágenes y parangones.

Ya en plena conferencia ocurrió lo que ocurre en casi todas las conferencias que duran más de diez minutos: silencio y expectación en la primera parte, toses y distracciones en la segunda y nerviosismo mal disimulado seguido de misteriosas y fregolinas desapariciones en la parte tercera.

Verdaderamente resultaba desesperante e intolerable. Aquel irresistible vicio de escucharse daba a su peroración un tono de pedantería tan sublime, que ya el cultísimo público que no entendía absolutamente nada de lo que oía, perdió todo el interés por escuchar al ilustre profesor y dejaba con la mayor tranquilidad posible que fuera saliéndole por un oído lo que por el otro le entraba momentos antes.

Lo curioso fué que hubo personas que dejaron salir por el oído derecho lo que les entró por el izquierdo, y en cambio hubo otras que no sabían montar en automóvil...

¡Mecachis!, me he equivocado, este chiste era para ponerlo en otro sitio. Bueno, ya..., como es bastante gracioso, lo dejaré.

El resultado fué que tanto y tanto por los oídos del buen público salió, que hubo necesidad de abrir las ventanas para despejar un poco el local. Esta es, sin duda, la causa verdadera que explica las atmósferas viciadas y hasta venenosas de teatros, bares, cafés y demás lugares públicos donde se cultiva la conversación insulsa, sin interés para nadie.

Esta observación, profunda y elevada a la par, profunda por su profundidad y elevada por su elevación, me coloca ciertamente a la cabeza de nuestros más distinguidos peritos... ¡Ay! ¡Qué rabia! Tampoco este chiste era para ponerlo aquí.

Bueno, hecha esta pequeña aclaración, paso a relatar el final de nuestra historia con la honradez y exactitud de un termómetro.

El público inició un desfile clandestino que vino a turbar la inalterable parsimonia de nuestro sabio, el cual comenzó a dar muestras de una inquietud que fué creciendo hasta la exasperación. Al fin, sin terminar, víctima de una agitación frenética, trémulo, descompuesto hasta la incorrección, arrojó por el aire un gran carpetón de notas, pegó una furibunda

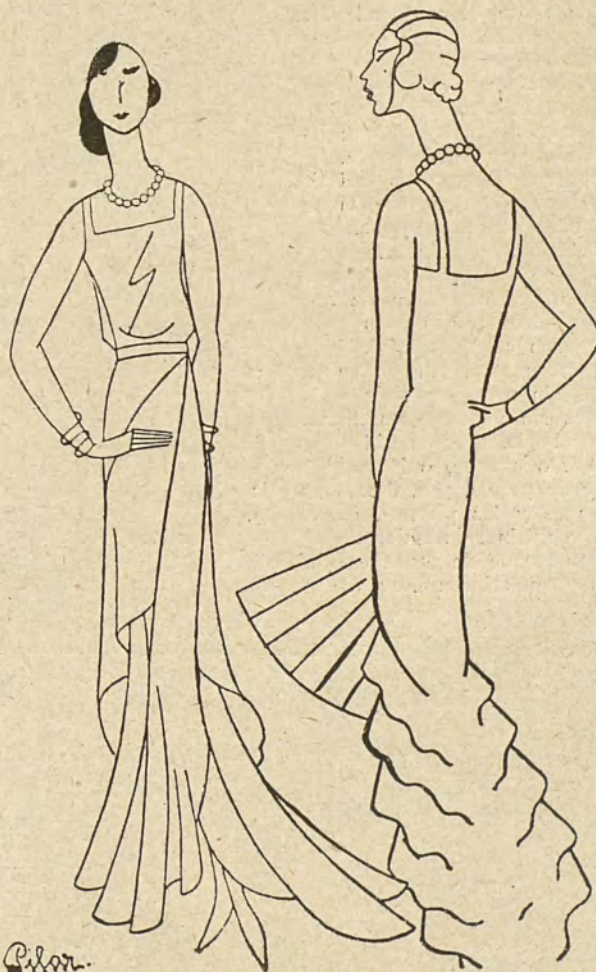
patada a la lámpara y lanzando una terrible interjección en tono murciano, abandonó precipitadamente el local, ante la estupefacción de unos cuantos infelices y tímidos espectadores, de esos que usan chanclos los días de lluvia y toman gaseosas en los cafés, que no habían tenido la suficiente dureza de cara para hacer un señalado desaire a tan ilustre conferenciante.

¿A qué fué debido aquel final tan deplorable? ¿Fué algún maldito tango?— ya hemos dicho que los odiaba— ¿o fué aquella actitud incorrecta de la mayoría del público?

Nada de eso. Fué que el gran matemático, el sabio profesor, el ilustre conferenciante, que tenía la terrible manía de escucharse, no había podido resistirse...

Y aún más: cuentan que a su última conferencia no asistió. Se dió esquinazo.

ALVARO DE ALBORNOZ Y SALAS



- ¿De manera que rechazaste a Pepe?
—Naturalmente; yo no podía casarme con un hombre que tenía la nariz aplastada.
—¿Cómo fué eso?
—Que, sin darme cuenta, le golpeé con un palo cuando me estaba enseñando a jugar al "golf".

Dib. PILAR.—Madrid.

LA PRIMERA HUELGA

Una vez los plebeyos de Roma
ya cansados de tanto sufrir,
declaráronse en huelga y huyeron
a un monte que estaba muy cerca de allí.
—¿Trabajar?—dijo uno—. ¡Qué guasa!

Es mucho pedir.
Que el Gran César (don Julio), si quiere
trabaje por mí.

La fatiga me ahoga, y en el pecho
con pereza ya empieza a latir.
Compañeros, ¿seguirme os conviene?
Y todos dijeron a gritos que sí.

Un patricio con toga elegante
como hecha en París,
presuroso buscó a los plebeyos,
y hablóles así:

—¡Ciudadanos...! ¿Qué causa motiva
tan recio jollín?

—El jornal es pequeño—uno dijo—
Se sube la carne, el pan y el ansí.
¿Quién las tierras habrá de abonarnos?
¿Quién dará la existencia a la vid
si le falta la poda y desbrojo
que a la uva da rico elixir?

Vuestras manos de lindas doncellas,
vuestro seco y enfermo magín,
vuestro horror al honrado trabajo,
del que siempre, holgazanes, huís,
sólo son para dulces placeres,
para vida de orgía y festín.

Ya no pudo Sempronio callarse.
Del patricio la hinchada nariz
exhaló resoplidos tan fuertes
que se oyeron en Valladolid.

—¡Ah, insensatos, qué error es el vuestro!
No podéis sin nosotros vivir
ni nosotros sin vuestros auxilios...
Y para probarlo, atentos oíd
una fábula, o cuento, o historia
que viene de perlas, ¡oh, dioses!, aquí:

Los brazos y las piernas, cierto día,
en pacífico mitín se reunieron,
y haciendo alarde de insensato juicio
discursos pronunciaron muy violentos.

—Señores—dijo un brazo... (Me parece
que fué el brazo derecho).

Haciendo el primo estamos
con quien es un tirano compañero.
¿Sabéis a quién aludo?

—No prosigas
que ya nadie lo ignora—respondieron—.
Al estómago infame te refieres.
—A ese bribón, a ése me refiero,
que no trabaja nunca y nos exige
el diario alimento.

Decidme, ¿qué hace él para ganarse
los garbanzos, el pan y el vino añejo?

—Pues nada, y ni siquiera *
luego nos da las gracias el mastuerzo.
Así, pues, desde hoy huelga completa;
brazos y piernas en quietud estemos.
Nadie trabaje, a ver si de ese modo,
logramos que ese vago ande derecho.

Pasaron dos semanas, y los brazos
y las piernas, que antes, altaneros,
proclamaban la huelga, comenzaron
a sentir de la holganza los efectos.
Claro, con no comer, débil quedaba
el cansado organismo del plebeyo,
porque no echando nada en el estómago
éste no daba el necesario fuego
para nutrir de sangre aquellas venas
que dan vitalidad a todo el cuerpo.
Por lo cual el estómago, orgulloso,
gritó en tono solemne:

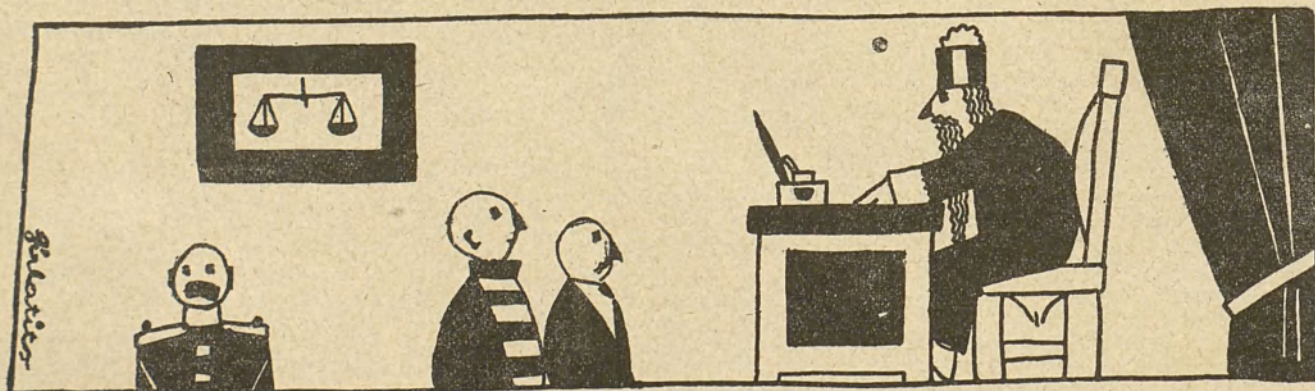
—¡Majaderos,
si a darme de comer no acudís pronto,
es indudable que de hambre muero!
Pero vosotros moriréis conmigo,
porque estando vacío no os sostengo...
Con que así, a trabajar unidos todos,
mas teniéndome a mí siempre repleto,
que yo, en cambio, os daré salud cumplida,
robusted, dignidad, paz y dinero.

Ya lo sabéis, huelguistas engañados.

Aplicaos el cuento.

Los ricos, sin vosotros, no son nada.
Vosotros, sin los ricos, mucho menos.

TOMÁS LUCEÑO

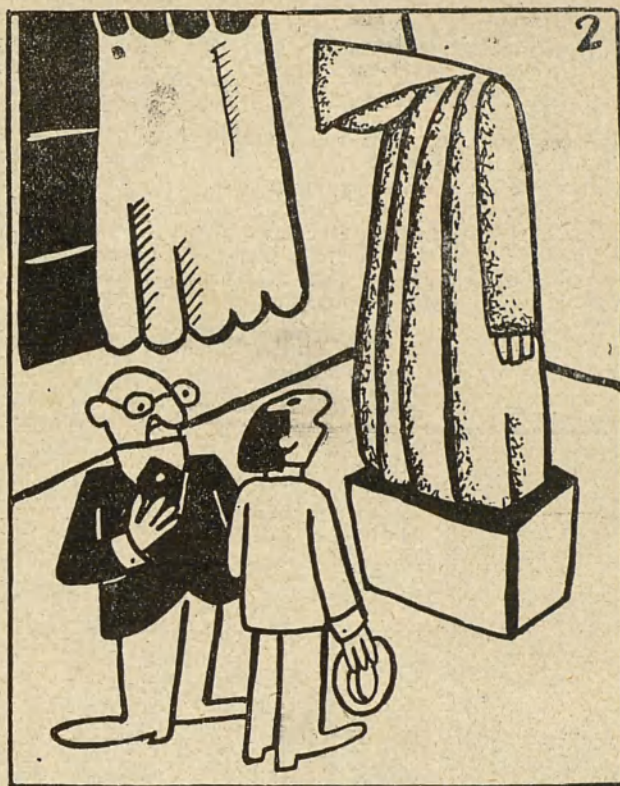


El juez.—¿Y por qué no se muda usted a una casa más pequeña que esté de acuerdo con sus medios?...
El embargado.—Porque no puedo pagar ni la pequeña ni la grande, y en ésta estoy más cómodo.

Dib. FIRLATITO.—Cáceres.



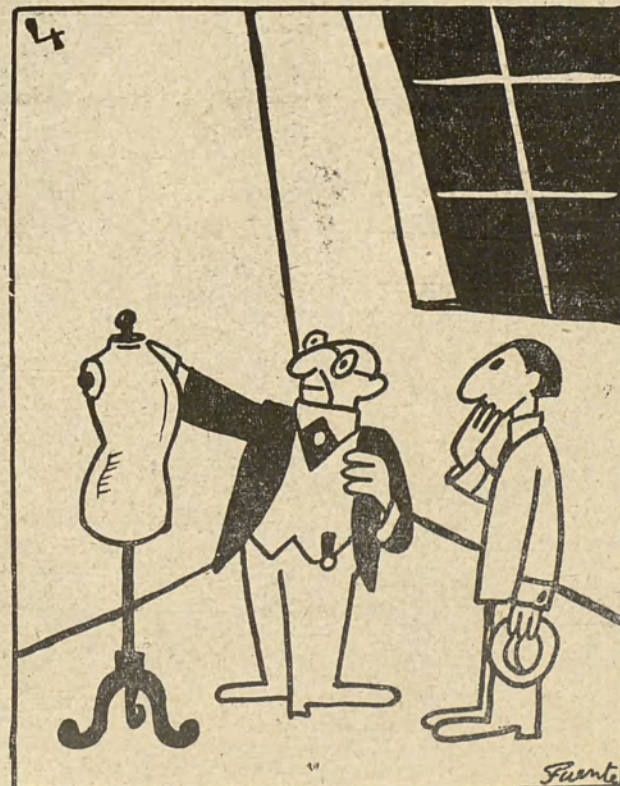
—No lo olvide usted, pollito. El escultor tiene que estilizar. Yo empecé haciendo esculturas así y no ganaba ni un céntimo...



...y es que la escultura debe ser estilizada; por eso yo procuré que mi estilo fuera cada vez más sencillo...



...y cuando llegué al máximo de estilización...



...es cuando empecé a tener fama y dinero.

¡ D E V E R A N O !

Hemos tenido que irnos a veranear. A la fuerza. El que no toma el tren en el verano se desacredita sin remedio y para siempre.

Por eso veraneamos, no se crean; no por el calor; eso no. La gente que veranea lo hace por tradición y por lo que luego diremos; pero por calor, ni de lejos.

La gente no siente el calor. Prueba de ello es que se van a las playas o a los pinos, los dos sitios del planeta en que hace más calor.

En las playas es algo de cocción. Entre el sol que cae de arriba y el vaho que sube de abajo se cuece uno vivo. Los que están dentro del agua quizá lo pasen mejor; pero es un tanto por ciento muy pequeño en relación con los demás; con las señoras que se sientan en la playa para hacer labor de ganchillo; y con los señores que van a la playa a lucir el pantalón de franela blanco crema y a lucir la chaqueta de punto, que no es de punto final por un verdadero milagro, pues allí la insolación y la as-

fixia, si no vienen, no será por falta de primera materia.

Y no digamos nada de los pinos. En los pinos se ahogan las personas mucho más todavía que en el agua. Allí el aire no circula; circulan en cambio las moscas; y como los rayos del sol entran por entre el ramaje "fingiendo encajes de luz", como se decía antaño, resulta que, en vez de encaje, le dan a usted la puntilla, porque caldean el aire y ponen el pinar a tantos grados que la resina suda a goterones y usted suda como ella.

Estas personas que huyen en verano a las playas y a los pinos, son las que, si son señoras, van en Madrid—antes de marcharse fuera—luciendo unos hermosos mantones de Manila, que pesan un quintal y que abrigan más que mantas, y son, si se trata de señores, los que se van al café a la hora de la siesta, cuando cae el sol de plano, y se largan a manera de refresco una copa de coñac, que son tres cepas ardiendo; son los que van a los toros a estar allí apretujados cuando el redondel humea, y son los que se van a las terrazas a cenar y a "jazz-bandejar" hasta que sudan el quilo...

Que a la gente le molestan los calores es uno de los mitos más solemnes que han podido circular por la existencia.

Si la gente veranea lo hace porque hay que irse a la naturaleza. Ahí está el secreto.

La naturaleza en verano adquiere un prestigio insólito. En invierno ya no tanto. En invierno la naturaleza está desacreditada. El aguacero, la nieve, el viento que acarambana, son naturaleza purita; pero, sin embargo, a las gentes no les hace pizca de gracia. A los hielos de Palencia, que son naturaleza de la buena, al natural y directa, prefieren las mantas de Palencia, que aunque tengan también naturaleza por lo que en ellos pueda haber de los borregos, es ya una naturaleza de segunda mano, a la que le han tomado el pelo.

En verano, sin embargo, es otra cosa... Cuanto más frío haga en verano y más tengamos que usar mantas en la cama, tanto más contentos estamos...

Nosotros veraneamos en la sierra porque es más naturaleza todavía. Cuando estamos a muchos metros nos encontramos más felices. "¡Estamos a 2.000 metros!"... ¡Dos mil metros de naturaleza puestos uno encima de otro es un pedestal suficiente para nuestra veraneante figura!...

Estamos en la sierra... ¡Superior!... En contacto con la naturaleza. Nuestra casita es sumaria: un poco de tierra con agua—¡este agua admirable de la sierra!—, unas cuantas piedras de la sierra



—Doctor, ¿le parece malo que las mujeres fumen?
—No; eso las hace hablar algo menos.

Dib. CUESTA.—París.



—Las mujeres sois incomprensibles. Tanto que pedías un “boa”, y ahora que lo tienes te pones a gritar...

Dib. URDA.—Barcelona.



—Le agarré por las solapas y bofetada va y bofetada viene.

—Pero, ¿cómo le pegabas si lo tenías agarrado?

—No; si las bofetadas me las daba él a mí.

Dib. IÑAURRI.—Bilbao.

y unos cuantos troncos mal unidos para que dejen que entre bien por todas partes el aire de la sierra, ¡este aire admirable de al sierra!... Naturalotes también los dueños que la hicieron—hijos naturales además, de dos serranos de naturaleza estupenda—nos pidieron de alquiler, con toda naturalidad, dos mil pesetas. A peseta por metro de altura. Así que estamos por completo, y de una vez, en plena naturaleza.

¡Qué hermosa, oh...—oh, oh—la naturaleza en verano!... Por una de las puertas de la casa entra olor a cerdos; por otra a boñiga de vaca...

Las gallinas picotean sin reparos... Por el día picotean... ¡Qué preciosas!... Por la noche no picotean: duermen con una pata encogida... Nosotros hacemos igual; en la ciudad dormimos a pterna suelta durante toda la noche; pero

aquí la pasamos en pie... Es que la naturaleza por la noche está llena de ruidos misteriosos... ¡Los murmullos de la selva!... La vaca muge, cerca, y da patadas, lentas y graves—muy graves—, sobre las piedras del establo... El gallo clarinea a las doce... Y a la una... Y a las tres... Los perros ladran a las tres y a las siete y a la una..., a toda santísima hora hasta la hora del alba... Entonces ya se callan. Pero entonces el vaquero baldea... Y las mulas salen al campo... Una voz grita: “¡Sebastiaaana!”... A veces es a la mujer; a veces a la mula...

Por entre pino y pino el sol lanza sus flechas. Y como las ventanas y las puertas de nuestra alcoba son de pino, pues el sol nos lanza sus flechas. Por un nudo del pino de la puerta no entra una flecha de sol, entra un carcaj ente-

ro... La habitación, por ende, carcajea... Nosotros también, ¡ya lo creo!... Una araña, allá en el techo, se despereza al ver la luz; y se deja caer al ver la cama... Nosotros nos levantamos... Ya están los campesinos entregados a sus faenas... Vacía sobre un carro, cubo a cubo, una sustancia oscura: el pozo negro... La verdad sale del pozo... “¡Mírate en este espejo!”, nos dice la Verdad. Pero nosotros le volvemos la espalda y nos vamos en busca de la colonia...

Toda la colonia nos está esperando ya para marcharnos al campo. Nos vamos de excursión... Allí, en la soledad, en plena naturaleza, junto al manantial—¡qué agua!—, en Peña Gorda—¡qué vistas!—, guisaremos un arroz y respiraremos el oxígeno reconfortante que humea en la cazuela.

MANUEL ABRIL

P o r A N D O R G A B O R

¿Por qué no colocas detrás de ti dos monteros, lo mismo que el rey? ¡Eso es lo que necesitaría un cazador tan formidable como tú! El apunta. Pero si es inaudito. En lugar de tirar los aros, que están ya perdidos, todavía se entretiene en hacerme perder la paciencia.

El marido calla. El macho está ya ante él, y le tira el cerco de mimbre.

—¡Bah!—dijo la mujer—. Prefiero no mirar. No quiero mirar cuando un burro como tú se pone a cazar patos.

El aro cae exactamente en el cuello del pato y desciende hasta su estómago.

La mujer dice:

—¡Al fin! Se han acabado los veinte céntimos, ¿verdad? ¿Ya has derrochado el dinero, desgraciado? Prefiero no mirar.

—No. No he tirado todavía más que un aro.

—Cerca del pato, ¿verdad? ¿O a un kilómetro de distancia?

—No. Ha caído en su cuello. Ya me traen el pato.

—¿Qué pato?

—El que he ganado.

La mujer calla un momento. En efecto, traen el pato. Al macho le han quitado el aro, y nada de nuevo delante del hombre. El marido vuelve a apuntar con el arete de mimbre que le queda.

—¡Oye, majadero—exclama la mujer—, supongo que no crearás que ese pato va a volverse a meter en el aro! Ese pato de hojalata ha sido aún más estúpido que tú, pero sólo una vez. No tienes a Dios; vete, y avergüénzate de que una idiotez semejante haya podido salirte bien.

El marido lanza el aro y éste cae otra vez en el cuello del pato.

—Aquí tiene usted, señora, los dos patos—dice la muchacha de las aves.

La mujer exclama:

—¡Aquí tienes los dos patos, animal! ¿Quieres acaso que me los cuelgue de las orejas, como si fuesen pendientes?

—Se pueden cambiar por dinero —balbucea el hombre—. Dan por ellos tres coronas en dinero contante y sonante.

—¿Qué?—exclama la mujer—. ¿Qué dices? ¿Crees que me he vuelto loca? ¿Pero es que dos patos valen tres coronas? ¡Tú, naturalmente, crees que sí. Porque te estás roncando en la cama mientras por la mañana muy temprano me voy al mercado. ¡Qué sabes tú del mundo! ¡Cómo vas a saber que un pato, si está un poco gordo, vale cuatro coronas! ¡Y ahora habría yo de regalar dos por tres coronas!... Pero, ¿es que crees que he robado estos patos?

—No, no los has robado; los has ganado—responde el marido.

—Entonces, ¿crees que por eso no

valen nada. Porque soy lista y he podido arrancarle en un minuto dos patos a ese judío, ¿crees que es razón para dejarlos por tres coronas, para que mañana se estuviese riendo aún de mí?

—Nos los llevaremos a casa...

—¡Naturalmente! ¡Pasearnos con dos patos por las avenidas de Pest para hacer el ridículo delante de todo el mundo!

—Los llevaré yo...

—¡Ay, que hombre! ¡Qué horror de hombre!—dice la mujer echando a andar.

Ella marcha delante y su marido detrás, con un pato en cada mano. Cuando salen del parque, la mujer se dispone a alquilar un coche.

El rostro del hombre llénase de alegría; llevarían a los patos en coche hasta su casa. Pero la mujer le dice:

—Yo voy a tomar un coche, porque con esos patos ya he economizado el gasto de dos días. Tú vete a pie, con los patos; pero ten cuidado de que no les ocurra nada, porque si les pasa algo te retuerzo el cuello.

Se sube al coche y le dice al cochero:

—Segundo distrito, calle de Donati, 9 (1).

Desde el coche vuelve a gritar a su marido:

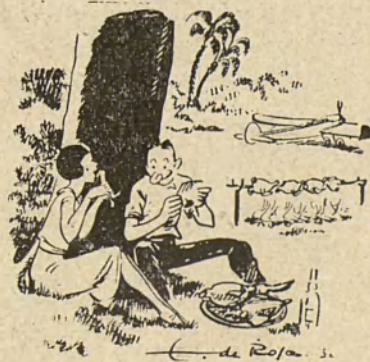
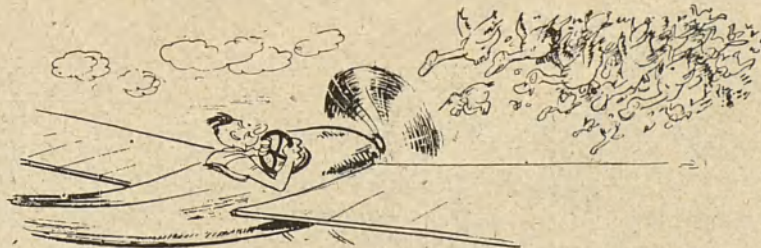
—Pero no vayas por el túnel de Buda. Toda tu vida no vale los dos krajcar que hay que pagar.

Después el coche desaparece.

El hombre lleva los dos patos a través del parque de la ciudad, todo lo largo de la avenida de Andrassy y de la calle Fördö. Cuando llega al centro del puente colgante mira hacia abajo al Danubio, desata las patas de los animalitos y se arroja al agua. Les había desatado las patas para que pudiesen nadar. ¡Era muy bueno el pobre! Por tres veces sale a la superficie y mira a los patos, que nadan, tranquilos y felices, junto a él.

—¡Vivid, vivid!—les dice, y luego vuelve a sumergirse y traga una gran bocanada del agua salada del Danubio azul, desapareciendo para siempre.

(1) A dos horas de camino, a pie, desde el Parque Inglés.



El cazador moderno.

(De Il Travaso delle idee.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—Pero, Luis, ¿por qué le has puesto grasa a tu hermanito?

—Porque estaba chillando; y como usted les pone grasa a las ruedas cuando chillan, se la puse... a ver si callaba.

Labra (Jerez de la Frontera).

Una señora muy respetable, pero bastante lerda en cues-

ALBERTO Pulseras de pedida. 7. CARRETAS, 7

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Juanito: préstame veinte céntimos para el tranvía.
—Lo siento; pero tengo sólo dos pesetas en una pieza.
—Bueno; tráelas; iré en taxi.

Kandelas.—Zafra.

tiones culturales, se encontró con un joven conocido, a quien preguntó:

—Juanito, ¿a qué se dedica usted ahora?

El joven contestó:

—Pues, señora, soy escritor y poeta.

—¡Jesús, quién lo diría! ¡Con tan bella persona como era su difunto padre!

Manuel Pérez y Pérez.

Entre estudiantes:

—¿Cómo ha sido el suspenderte?

—Pues que no le ha gustado al profesor como "me he definido".

Tranquilo (Zaragoza).

—Yo—decía un borracho—no bebo vino más que en dos ocasiones: cuando como bacalao y cuando no lo como.

Alejandro Núñez (Madrid).

—Pepe, ¿por qué cuando te dicen que tocan "La Cirila" pones esa mala cara?

—Pues porque mi mujer también se llama Cirila.

Santiago Granja (Barcelona).

En una consulta:

—Mire, doctor, que yo sin estómago no puedo vivir.

—Hombre, eso nos ocurre a todos.

—Pero a mí con mayor razón.

—¿Por qué?

—Porque soy ventrílocuo.

R. R. R.

—¿Qué has presentado en la Exposición?

—Una marina histórica.

—¿No es aquel cuadro? Sólo veo mucha agua.

—Es el agua del diluvio.

José Pareja (Madrid).

El maestro.—Si sigue usted tan desaplicado, escribiré a su papá para que venga a visitarme.

El alumno, hijo de un médico.—Mejor será que no le llame, porque cobra cien pesetas por visita.

P. Rojo (Ronda.)

El marido (furioso).—¿Y el BUEN HUMOR de esta semana, que no lo encuentro?

La mujer.—Lo rompió la niña.

El marido (irónico).—¡Muchas gracias!

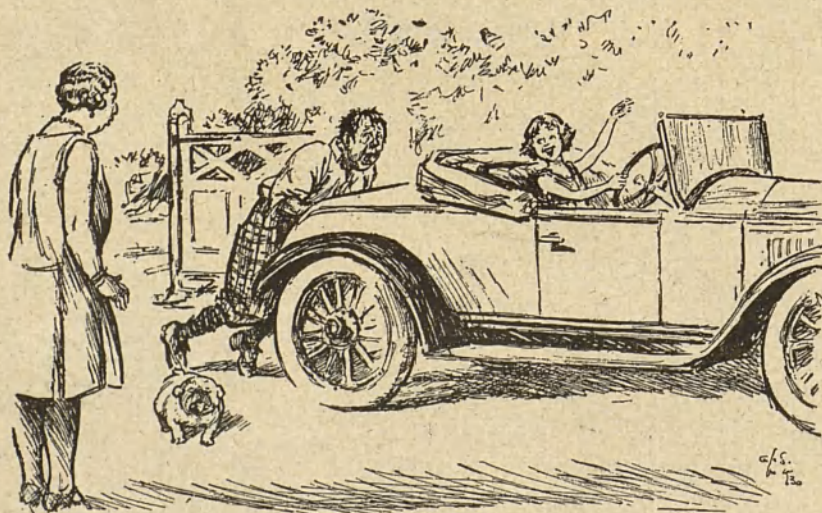
La mujer.—BUEN HUMOR dirás.

M. L. de Ayala.

En la obra:

Un obrero.—Afortunadamente, ya me duele la cabeza, los pies y el estómago.

Otro obrero.—¿Y dices afortunadamente?



—Pero, Samuel; ¿desde dónde vienes empujando el coche?
—¡Todo... el camino!... ¡Pff!... ¡Desde... Las Rozas!
—¿Cómo?... ¿Y has tenido el valor de consentir que el pobre perrito venga desde allí andando?

(De Passing Show.)

—¡Hombre, claro! ¿No ves que cuando me dan estos dolores es que faltan cinco minutos para dejar de trabajar?

A. Ardura y Múgica.

Una señorita está cantando, por cierto muy mal.

Uno de los que escuchan dice a otro:

—Esta señorita canta como una sirena.

—¡Hombre, no exagere!

—Me refiero a la de los automóviles.

Ego (Albacete).

¡Por favor, doctor Elguero, después de aplicarme el "cloro", avise en seguida al "clero"! ¿Que, cuando no vea "claro", es señal de que me muero!

R. R. R.

La maestra.—Si hubiera cuatro moscas en una mesa, y yo

Ventiladores

LOS MEJORES. LOS MÁS ECONÓMICOS. CON AIRE ESPECIAL PERFUMADO

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. — MADRID

matase una, ¿cuántas quedarían?

La niña vivaracha.—Una... La muerta...

Carlos de León.

Entre verdugos:

—Pues a mí me aprobaron la instancia porque en ella decía que estaba dispuesto a probar mi "vocación" ahorcando a mi único tío carnal. ¿Y a ti?

—Yo puse una postdata en la que hacía constar que, de tener atribuciones para ello, publicaría un decreto por el cual todos los conductores de automóviles vestirían de chistera y frac, única manera de "chocar" más.

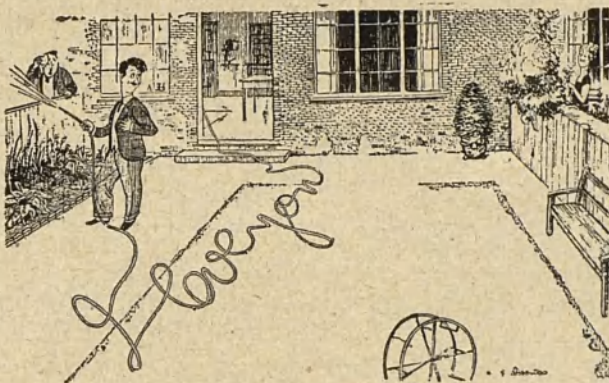
Tranquilo (Zaragoza).

Discutiendo sobre el cine sonoro:

—Pues, chico, ¿sabes lo que te digo? Que las películas sonoras extranjeras, p'al gato.

—¿Y qué te ha hecho el gato para que le castigues de esa manera?

Juan Bautista Oché.



Un sentimental con la manga de riego en su jardín...

(De London Opinion.)

—El final de su novela es precioso—dice la señora al novelista.

—¿Y qué me dice usted del primer capítulo?

—Aun no he llegado a él. Benjamín López (Madrid).

Entre curiales:

—Verdaderamente, en ese Juzgado hay trabajo; pero no pesa sobre el juez, porque un oficial le despacha los exhortos, otro le pone las providencias, el secretario le pone los autos y, por si fuera poco, ahora se ha comprado un encendedor automático...

—¿Y para qué lo quiere?

—¡Para que falle!...

Hércules (Enguera).

—¿Qué parecido hay entre el Gobierno Berenguer y un sastre?

—Que antes de hacer "cortes" tienen que tomar sus "medidas".

Enrique Pérez.

En la estación:

El mozo.—¡Pinto, dos minutos!

El guasón.—En dos minutos poco vas a pintar.

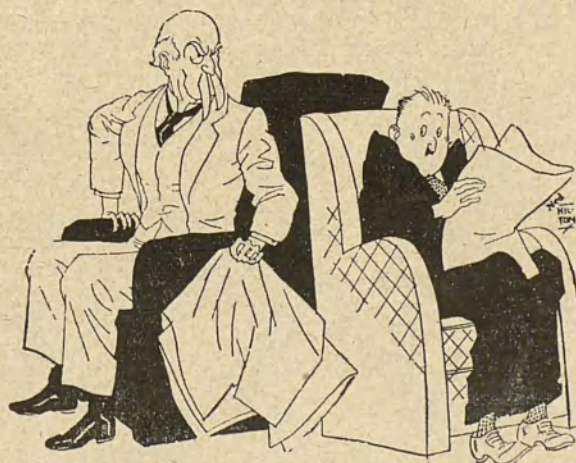
G. García (Baracaldo).

—Los curas castrenses son los que dicen la misa con más desgana.

—¿Por qué?

—Porque la dicen "a la fuerza".

ENE.



—¿Es cierto que sabe usted en lo que piensan los demás?

—Sí, señor; lo sé.

—Entonces, ¿por qué no se marcha usted a la calle?

(De Jude.—Nueva York.)

En la escuela:
Profesor.—Usted, Miguelito: dígame el nombre de cinco fieras.

Alumno.—Tres leones y dos tigres.

Pinfano (Melilla).

En Africa:

El europeo. — ¿De manera que usted sufrió mucho por la muerte de su padre?

El negro.—Sí, mister. Sufrí una terrible indigestión cuando me lo comí.

K. K. O. (Castellón de la Plana).

CANA

INVENTO MARAVILLOSO

Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del alre, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

CUPÓN

correspondiente al núm. 457 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



Casanova (Almería).— Simpatico y tímido dibujante: sepa usted, de una vez para siempre, que a esta casa es preciso mandar los "monos" con sus pies respectivos. Por lo visto, usted ha leído en algún número de este semanario que uno de nuestros colaboradores autorizados dijo en cierta ocasión aquello de "¡pies, para qué os quiero", y lo ha tomado usted "al pie" de la letra. ¡Y no, señor!... Aquí los pies de los dibujos los queremos para publicarlos; porque si no, no hay manera, por muy correctamente que estén hechos los "monitos" susodichos.

Nemo (Alicante).

¡Caramba y qué idiota es el señor Nemo, que el hombre no nota que ha metido el remo!

Carlitos (Buenos Aires).— Quizás en ese ambiente ríoplatense resulte que tiene gracia su adquisición. Pero aquí en España es de una soñolienta y recalcitrante. Y lo sentimos, porque, a deseos vehementes de estrechar lazos, no hay quien nos gane.

T. Q. B. (Madrid).—No quisiera ofenderle a usted, y además no dispongo de tiempo para ello, pero sus versos de circunstancias integran un conjunto de imbecilidades tan enormes, que parece mentira que un hombre consciente y con una letra redondilla tan preciosa sea capaz de hacer el indio de esa manera tan indigna y miserable.

Ponce (Sevilla).—Los más y los menos que usted pueda tener con Elena no constituyen tema apropiado para estas castas y seculares columnas. ¡Todo eso a ella, que es a quien parece que le gusta!

H. de C. (Barcelona).

Llegó su original con el sello de urgencia, y nos pareció mal

porque es una indecencia... ¿Hasta cuándo, señor, que hacer constar tendré que nunca BUEN HUMOR una letrina fué?...

J. Ch. M. Caravaca (Murcia).—Inopinado amigo: eso de las "Diferentes maneras de dejar de comer garbanzos", resulta, por desgracia para usted, que queda comprendido en una de las maneras diferentes de no poder dejar de ir a "Cestona". Es muy sensible, pero es absolutamente necesario.

El Conde-Scaro (Barcelona). Empieza usted de este modo su composición:

"¡Musas! ¡Musitas!
Venid, que yo os llamo.
Os espera en el llano
sentado en una silla
de rejilla."

Y ahora, en serio, ¿nos quiere usted hacer el favor de decirnos qué narices es eso? ¡Porque aquí no podemos

averiguar si eso es poesía o consecuencia fatal de un ataque de apendicitis!

J. A. B. (Madrid).

Su composición "La moda", es bastante deficiente, y en el cesto yace "toda" con la pena consiguiente.

E. García Nebot (Madrid). Está usted todavía algo verde dibujando. Pero todo es cuestión de paciencia, ¿no le parece a usted?

T. L. T. (Cádiz).—No, señor; a mí no me molesta que sea usted un estúpido. Lo que me molesta mucho es verme obligado a decírselo tantas veces, sin que usted dé muestras de empezar a querer convencerse de tan incontrovertible verdad.

Jacobo de la Coba y Cobo (San Lorenzo del Escorial). No sirve.

Cucufate (Barcelona).

Admirado Cucufate: en tu labor bien se advierte que eres memo de remate desde la cuna a la muerte.

Carmona (Aranjuez).

La crónica de Carmona fué, por unanimidad, recomendada a "Cestona" con brutal velocidad.

Z. P. (Madrid).—Eso del capitán y el soldado que no sabe ortografía es más antiguo que la lluvia... ¡Ah! Y que conste que usted hace mal en tomar a vil chacota la ortografía de los demás, porque resulta que usted anda tan mal de eso como el infeliz "sorche" del viejísimo chascarrillo que ha pretendido colarnos traidoramente.

E. G. A. (Badajoz).—Resulta tan irreverente, que no tenemos más remedio que felicitarle a usted de un modo caluroso por haber escrito en unos tiempos en que la sacrosanta Inquisición no funciona con aquella encantadora eficacia con que funcionaba en la ominosa etapa histórica en que unos guasones de reyes la dejaban funcionar, y hasta se solazaban de verla funcionando.

P. D. R. (Madrid).—Como dice usted que no gastemos muchas palabras en la contestación, nos conformaremos con llamarle majadero y cerraremos el sobre. ¡Ya está!

Bruno (Salamanca).

Modos de hacer el idiota hay muchos, amigo Bruno; pero el de usted ya se nota que es perfecto cual ninguno.

H. N. A. (Zaragoza).—Llegó a nuestro poder, sí, señor... Y lo leímos con el mejor deseo, ¡qué demonio!... Y hubiésemos querido que hubiera sido un monumento, ¡qué caramba!... Y nos produjo gran contrariedad que no lo fuese, ¡qué caray!... Pero, por desgracia, no lo era, ¡qué narices!... Y el cesto sobrevino como consecuencia forzosa, ¡qué conchol!...



—Lo siento mucho; pero no encuentro nada que me guste: yo quería una cosa para dar una sorpresa a mi marido el día de su santo...

—Señora, ¿por qué no se esconde usted detrás de la puerta y cuando llegue le grita: ¡Oh!

(De The Humorist.)



CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.— HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.— SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.— BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.— ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

BUEN HUMOR



—¿Sabe usted ya nadar?

—¡Ya lo creo! Sólo me falta aprender a salir a la superficie cuando me hundo.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CORI.—Madrid.